

“No creo ser muy original si declaro que ese viaje me marcó. Cualquiera lo diría. Muchos visitantes de África han dicho que una parte de ella se le queda a uno dentro para siempre cuando vuelven”.

# Yo estuve una vez en África



La familia de Dennis delante de su vivienda.  
Fotografía cedida por el autor.

Carlos Gómez-Moreno



Gracias en Swahili.  
Fotografía cedida por el autor.

**E**n este artículo muestro mis experiencias personales, siendo ya profesor jubilado, durante un viaje a la región de Maasai-Mara en Kenia a primeros de este año 2019 y mis reflexiones sobre:

- Los primeros pasos del hombre sobre la Tierra y su lucha por la supervivencia.
- El contacto de unos jóvenes europeos, acostumbrados a la comodidad de la sociedad occidental, con los niños nativos de una zona pobre de África y los valores muy positivos que pueden aportar por ambas partes.
- Por último, la valoración sobre la respuesta que una sociedad rica y acomodada desea dar a una población necesitada.

“Ana recibió un aviso anunciándole que había conseguido un pasaje para dos personas al Campamento Kichwa Tembo, en pleno territorio de la Reserva de Maasai Mara en Kenia”.

No creo ser muy original si declaro que ese viaje me marcó. Cualquiera lo diría. Muchos visitantes de África han dicho que una parte de ella se le queda a uno dentro para siempre cuando vuelven. La ocasión era muy especial porque se trataba de un viaje familiar a una de las zonas más interesantes de África y que todo el mundo conoce porque ha visto centenares de documentales sobre ella y cualquier habitante de la Tierra ha soñado alguna vez con poderla visitar. Es la llanura de Maasai Mara, un lugar habitado por los animales más fieros y salvajes que existen, viviendo en completa libertad y con la posibilidad de observarlos muy de cerca, en su hábitat más natural.

Observar la vida animal salvaje en directo resulta muy interesante; pero lo es más si va uno acompañado por personas muy queridas como son mis nietos Alejandro,

de 14 años, Mara de 12 y Daniela de 9. A esas edades, aún muy tempranas, pueden ya apreciar perfectamente los acontecimientos que iban a vivir. Pero existía otra razón adicional que abría una nueva posibilidad para que el viaje se convirtiera en una experiencia vital para los jóvenes de tal forma que les podría marcar su vida para siempre: estábamos a punto de iniciar una misión humanitaria de ayuda al poblado Maasai llevando a cabo una campaña de salud dental, especialmente dirigida a la población infantil nativa.

#### EL NACIMIENTO DE UNA IDEA

Esta aventura familiar comenzó dos años atrás cuando mi hija Ana compró un perfume llamado África, en cuyo envase anunciaba que el comprador podría conseguir un premio consistente en un safari completísimo en Kenia. Posiblemente no fue esa la razón por la que Ana eligió ese perfume, pero la realidad es que lo compró y mandó su nombre y dirección a la página del concurso. Nunca está uno seguro de que estos premios lleguen al final a repartirse porque no se ven anuncios de los resultados de los sorteos. Además, el concurso era a nivel mundial y eso hace que las esperanzas de conseguirlo sean aún menores. Pero, ocurrió. Le tocó el premio. Si eso no hubiera ocurrido de esa manera, esta historia no habría tenido lugar y en esta revista se habría publicado un sesudo artículo sobre los agujeros negros, o sobre cómo se puede corregir un defecto genético congénito introduciendo un fragmento de ADN en el cromosoma de un óvulo humano fecundado.

Pero el hecho es que Ana recibió un aviso anunciándole que había conseguido un pasaje para dos personas al Campamento Kichwa Tembo, en pleno territorio de la Reserva de Maasai Mara en Kenia, con estancia en una tienda/habitación doble con comidas incluidas y con salidas en safari diarias, así como un viaje en globo aerostático. Ana y su marido Gustavo, que es dentista, decidieron incluir en el viaje a sus hijos, desembolsando la diferencia en el precio.

Desde que llegaron, los mensajes fueron muy entusiastas. ¿Cómo no van a estar encantados de visitar un sitio como ese? Nada más salir con el Jeep del campamento ya están viendo leones, jirafas, cebras. Todos los animales de los documentales de la 2. Los atardeceres en la sabana con las acacias peladas por las jirafas recortadas en el paisaje de la sabana. Un rinoceronte negro que apenas se recorta en la lejanía del paisaje plano y despejado.



**Habitaciones del campamento (arriba) y elefante macho (abajo).**



**Mirada limpia.**

Pero, desde el principio, los comentarios que más me llamaron la atención, en los que ponía la familia más énfasis, eran sobre Dennis, el "ranger" (guía) que tenían asignado al grupo para todos los safaris. Un chico maasai de 26 años, de sonrisa fácil y mirada tierna que conectó enseguida con los niños y también con los padres. Su visión de la vida era muy sencilla. Se entendía muy bien con los niños en un inglés muy básico, aunque perfectamente correcto. Un día los llevó a ver un poblado maasai cerca del campamento. Los niños salían al encuentro del jeep buscando regalos. Pero pronto se les acabaron porque no habían preparado suficientes regalos para todos. Pensaron que tenían que haber traído más. Y, si vinieran otra vez... ¿Les podrían traer más cosas?

Este era el pensamiento que les quedó cuando terminó la semana que tenían programada. Pero, al volver a Zaragoza, Ana decía que parecía como si le hubiera picado un mosquito pequeño que le había dejado algo dentro, ni un virus ni una bacteria porque no tenía fie-

bre, pero que no dejaba de darle vueltas en la cabeza una idea. Que deberían hacer más para ayudar a esos pequeños que se habían encontrado en los poblados maasai que habían visitado. Prestarles atención dental a los trabajadores del campamento como Dennis, el ranger, Yegon, el jefe del comedor, Andrew, el cocinero principal, a Martha, la otra guía con cara de niña que tan cariñosa se había mostrado con las niñas, Mara y Daniela. Todos ellos, además del hueco de un incisivo inferior que los maasais se quitan para mostrar que han llegado a su estado adulto, llevaban los dientes con unas manchas rojas producidas, posiblemente, por algún colorante que añaden a sus comidas. Cualquier cosa que ellos hicieran por esa población de gente sencilla, sana de espíritu, agradecida, necesitada de ayuda y de impulso, para que pudieran vivir mejor, más sanos, con mejor higiene dental, sería muy valioso.

Ana lo habló con Gustavo, su marido el dentista, que es colombiano. También lo comentó con los chicos, Alejandro, que ya casi es un hombrecito, serio, recto

y formal y muy bien intencionado, Mara, la chica despierta, tierna y sensible, que ha heredado de su madre la capacidad de conectar con los sentimientos de las personas que le rodean y apoyarles para luchar por conseguirlo. También habló con la pequeña Daniela, que es pura ingenuidad, alegría y cariño. A todos les pareció que podían/debían hacer algo por ayudarles. Y así se gestó el proyecto al que titularon:

#### ‘UNA SONRISA EN KENIA’

Durante el año siguiente aprovecharon una finca de la familia que tiene por nombre “Cortijo de Santa María”, en honor de la madre de Ana ya desaparecida, andaluza con salero y ojos profundamente negros de nombre María Angustias. Allí se celebraron, durante ese año, algunos eventos, mercadillos, comidas de familia, rifas, etc. El público eran los muchos amigos que esta familia andaluza/colombiana se han granjeado en Zaragoza a lo largo de los años: familias del colegio del Pilar de Teresianas, el grupo de teatro del colegio, el equipo de fútbol del Stadium Casablanca, antiguas amigas de Jesuitas, amigos y pacientes relacionados

con las clínicas dentales, otros profesionales amigos. Todos se volcaron con ellos para ayudar en esa misión tan noble, desinteresada y humanitaria. Estaban entusiasmados de colaborar y asistir a las fiestas anunciadas. Así reunieron unos pocos miles de euros con los que se propusieron comprar un equipo portátil de clínica dental: sillón para examen, tornos con su compresor y extractor de agua, lámpara para exploración, pequeño material para la clínica, anestésicos, esmaltes, etc. También se compraron varios centenares de cuadernos, lápices, gomas de borrar, etc., material de colegio para las visitas previstas.

A finales del año 2018 pensaron que podría ser un buen momento para hacer un viaje al Campamento de Kichwa Tempo y empezaron a hacer los contactos oportunos. Primero con el campamento, para comprobar que podían contar con su colaboración para la estancia de la familia, así como utilizar la pequeña clínica para primeras ayudas existente en el campamento. La respuesta siempre fue positiva, ofreciendo precios especiales teniendo en cuenta el objetivo y que era temporada baja, siempre que hubiera pasado el Año Nuevo.

También contactaron con el abuelo Carlos. Su hija se imaginaba la ilusión que le haría visitar la zona del Maasai-Mara, el Río Mara del que no se había perdido ni un documental desde que los ponen en la 2. El abuelo, encantado, se haría cargo de las pequeñas mientras los padres y el chico mayor trabajaban en la clínica. De esa manera se quedaría en la piscina del campamento hablando con el personal de servicio, bastante desocupado y con ganas de hablar por haber pocos huéspedes. También, si podía, hablaría con los huéspedes que se acercaran a la piscina o cualquier otro animal del interior del campamento que se acercara. Al abuelo lo que le gusta es hablar, en inglés, español, italiano o swahili. Él mismo se cubriría los gastos de viaje y estancia. Se contactó con otras instituciones que podrían facilitar y darle más contenido al viaje, como iremos relatando más adelante.

Todo parecía estar saliendo bien y que podríamos llevar a cabo la misión soñada. Nos pusimos las vacunas de la fiebre amarilla, después de convencer a los médicos encargados de que el abuelo no se había ido de la cabeza, que se creía capaz de ponerse la vacuna, viajar

hasta Kenia y mantener su tratamiento de 24 pastillas diarias para tratar de frenar los ictus, que ya le han dado, y convencerlos de que no se caería en plena sabana junto a los leones subiendo y bajando de los Jeeps con sus problemas de equilibrio.

#### EL VIAJE A MAASAI-MARA

Llegado el día 4 de enero hicimos el vuelo Barcelona-Dubai, posteriormente el Dubai-Nairobi. Allí nos alojamos en un hotel que resultó estar en la misma zona en la que, algunas semanas más tarde, hubo un terrible atentado terrorista donde se produjeron 21 muertos al atacar un edificio de oficinas y un hotel de turistas. Por fortuna, nosotros nos escapamos esta vez.

Al día siguiente, los viajeros volamos en una pequeña avioneta de hélice mientras el equipaje, que consistía en 6 maletas de 30 kg cada una y otras 6 de mano, lo hacía por carretera, para lo que necesitó unas 7 horas para llegar, haciendo un recorrido de unos 40 km.

Recepción en la pista de tierra donde aterrizamos. Allí estaba Dennis esperándonos con un refresco para darnos la bienvenida, con la correspondiente alegría de los que llegaban, y de los que esperaban en la pista, como corresponde a amigos que vuelven a verse. En resumen, el viaje resultó fenomenal llegando nosotros y la carga sin problemas, incluyendo el paso por la aduana. Aleluya.

En un momento estamos en el campamento donde nos recibe el personal cantando la célebre canción maasai de bienvenida, que las niñas se aprendieron y la hemos cantado todos los días en nuestras salidas de Safari. Dice así:

*Jambo, jambo bwana  
Habari gani, Mzuri sana  
Wageni, mwakaribishwa  
Kenya yetu  
Hakuma matata*

#### UNA EXPLOSIÓN DE VIDA Y MUERTE

La habitación del campamento consistía en una tienda de campaña decorada con austeridad, al más puro estilo colonial inglés, que contaba con los mejores materiales y detalles prácticos que hacen la vida agradable y segura en plena Naturaleza. Se podían oír, especialmente por la noche, a los monos babuinos chillando al perseguirse entre ellos.



La clínica funciona.

Fotografía cedida por el autor.

“Ana recibió un aviso anunciándole que había conseguido un pasaje para dos personas al Campamento Kichwa Tempo, en pleno territorio de la Reserva de Maasai Mara en Kenia”.

Por la mañana los veríamos desde la cama saltar de una rama a la otra. El rugido de un león que ha cazado una presa, a unos 50 o 60 metros de la tienda, y está luchando para que no se la quiten. La pared de la ducha es un mosquitero que sitúa al cliente en medio del bosquecillo en que se ha instalado el campamento. La concesión para la explotación turística de este campamento se hace con las correspondientes contraprestaciones de ayudas a los poblados de la región en términos de contratación de personal, asistencia sanitaria, etc.

Una vez alojados en nuestras 2 tiendas, nos acercamos a la zona de la piscina y empieza el espectáculo: la sabana inmensa está delante de nosotros, algunas acacias con sus altas copas es nuestro paisaje. Nos avisan que esas manchas que se ven a lo lejos son búfalos, jirafas; más lejos cebras y que, si nos fijamos, posiblemente podríamos ver leones que andaban por esa zona. Al poco rato dice Alejandro que se ve un león. Es cierto, se le ve con la cabeza levantada y parece que espera que se acerque una presa para saltar sobre ella. De pronto, los empleados del campamento que nos acompañan y que ya les conocían del viaje anterior, distinguen un facoquero, allí llamado "pumba" (jabalí africano), que es la comida predilecta de los leones, que va hacia el león que habíamos visto antes. Expectación, suspense, cogemos los prismáticos. Parece que se va a cruzar con el león que está muy cerca. En un momento determinado el león se levanta y empieza a correr hacia el jabalí grande. Pero falla y no lo coge. Parece que el león ha fallado la captura y la acción se acaba. Decepción porque todos sabemos que el león es el que manda en la selva pero parece que, en este caso, tenía un problema de visión, o no era muy espabilado, y se le ha escapado la comida.

Estábamos impresionados. Nada más llegar y ya hemos presenciado un momento trepidante. Por la tarde, tenemos salida de safari en el Jeep por los alrededores del campamento. Nos acompaña Dennis que tiene vista de lince para detectar leones. Además de que está todos los días por esa zona y se conoce sus costumbres. Todos los leones que vemos están tumbados y nos dice que con la tripa vacía; que llevan varios días sin comer, que así no podrán correr mucho para cazar. Pues, vaya, nos vamos a tener que preocupar de los pobres reyes de la sabana porque no comen. ¿Y qué hay de las cebras y gacelas? ¿También habrá que preocuparse de ellas? ¿Y de los discretos pumbas que, cuando salen a darse una vuelta a buscar unas raíces para comer, aparece un león y ya se ha acabado todo? ¿También tenemos que estar preocupados

► **Pumbas, la comida de los leones.**



Fotografía cedida por el autor.

por ellos? Hemos salido de nuestro país abrumados por los sorprendentes acontecimientos que allí están sucediendo todos los días y que, a veces, percibimos como grandes amenazas: cambio climático, sequías permanentes, cambios políticos a los que no estamos acostumbrados y, al llegar a Kenia, nos dicen que los leones no cazan y van a desaparecer. Y los jabalíes, que nos enteramos que los persiguen continuamente y no sabemos cómo pueden llegar a adultos. De hecho, ayer vimos a una madre con sus 4 crías, que se había colado en el campamento, y hoy solo vemos 3. Pero llegan a adultos y a tener crías a los 6 meses. Llevan así miles de años. Y si ellos desaparecieran otros animales les sustituirán. No para uno de llevarse sustos. Luego caigo en la cuenta de que esto es la lucha por la vida. Que siempre buscar comida, sobrevivir y reproducirse ha sido difícil. Hace unos 10.000 años los humanos también estábamos en esa tesitura: comer o ser comidos. Trabajar duro para alimentar a nuestras

crías. Y no teníamos grandes garras, ni cuernos para atacar, ni gran velocidad ni fuerza comparados con nuestros adversarios. Pero teníamos un poquito más cerebro que los animales que nos rodeaban y, además, podíamos hablar y, de esa manera, organizarnos, preparar estrategias, convencer al grupo y hacer que nuestras salidas de caza tuvieran más éxito. Interesante lección que entra por los ojos de manera directa.

El día siguiente sigue la aventura servida delante de nuestros ojos. Hemos encontrado un grupo de leones adultos muy ocupados mordiéndose los restos de una presa: un pumba grande ha caído hoy. No todo estaba perdido. Cada león tiene un trozo grande de carne y huesos y lo defiende de verdad. No lo suelta porque se lo quitan. A veces hay dos agarrados al mismo trozo y ninguno lo suelta. Deben llevar ya un rato porque se les nota cansados, pero si uno protesta, si abre la boca, adiós trozo. Hasta mañana sin comer.

**“Caigo en la cuenta de que esto es la lucha por la vida. Que siempre buscar comida, sobrevivir y reproducirse ha sido difícil”.**

E insisto, estoy hablando de la dura vida del león, el rey. Después están las hienas que andan alrededor del grupo amenazando de tal manera que, al menor descuido, se lanzan hacia un trozo de carne que quede de lado. Y luego están los chacales, más pequeños y rápidos y también con hambre. Cuando se fueran los chacales es cuando vendrían los buitres. En cantidades abundantes y muy agresivos queriendo carne. Y, finalmente, están las moscas, que también quieren comer. Me pregunto: ¿Qué hace el Sindicato de las moscas por asegurarles una comida diaria sin que los leones, hienas, chacales, buitres se la lleven antes? ¿Cuando vamos a conseguir un puesto mejor para comer?

Más adelante la sabana nos cuenta otra historia interesante. Hay una leona subida en un montículo oteando con mucha atención el horizonte. Los leones tienen buena vista para observar cualquier movimiento que denote una presa a la vista. No muy lejos de allí hay otra leona grande inquieta. Está próxima la puesta de sol y es un buen momento para sacar de la madriguera a las crías que tiene a su cargo. Están jugando fuera pero ella está muy atenta. Entre otras cosas porque los rangers se han avisado unos a otros y ya hay 5 co-

**“Había grupos de animales dispersos. En un lugar encontramos un grupo de cebras y, de repente, un elefante macho solo en una charca.”.**

ches alrededor de la madriguera. Incluso un Jeep de National Geographic que ayer vimos por la zona está atento a la jugada. En estas condiciones, la madre no se podrá mover y de cazar, nada. A ver si la otra puede sola, o los demás componentes del grupo, que andarán también al acecho, consiguen algo. Nos vamos porque la cosa sigue igual, pero nos vuelve a quedar la preocupación por la supervivencia en el planeta.

Y nos hacemos la pregunta: ¿Qué tiene esta parte del mundo para que se haya producido esta explosión de vida?

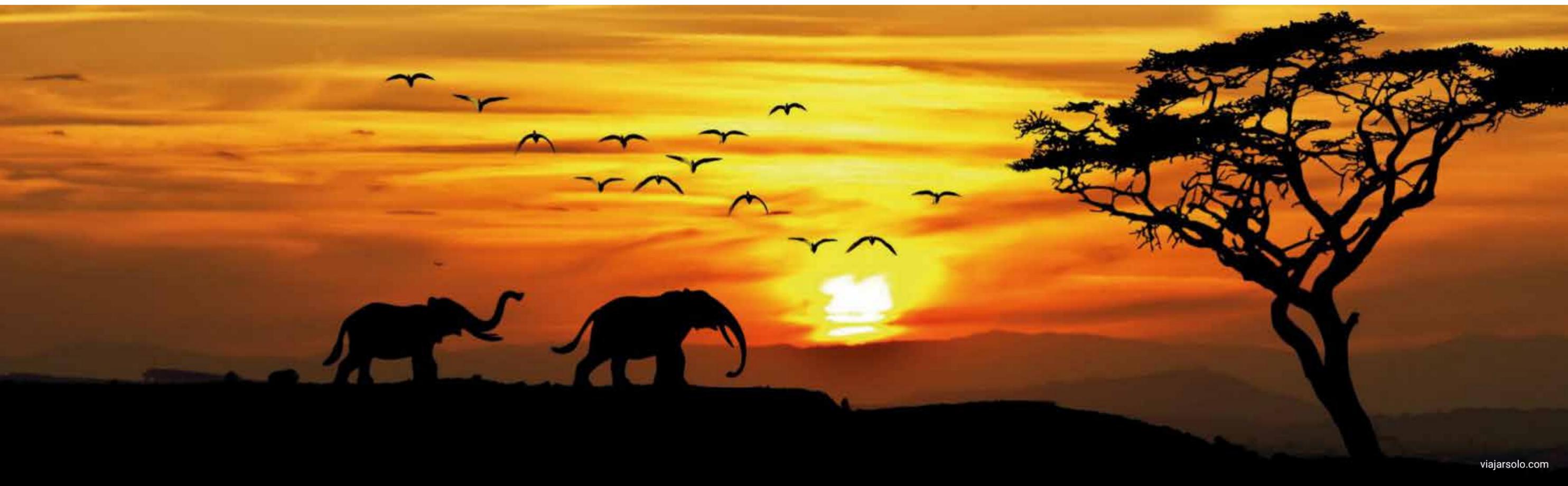
Una enorme llanura de buena tierra, clima suave, húmedo, donde crece buena y abundante hierba. Todo el año. Lejos de los hombres desarrollados, los que tienen rifles. Los dejamos allí un millón de años y crecen los herbívoros; los carnívoros se los comen cuando están bien gordos. Un pájaro crece y crece y se hace tan pesado que no puede volar y le crecen las patas y el cuello para que pueda escapar corriendo si ve al enemigo venir.

Cuando los hombres listos, que hablan otras lenguas diferentes a los de la zona, están a punto de acabar con los animales, los de allí, que están aprendiendo,

deciden crear un parque y que paren las muertes. A ver cómo paramos a los turistas mañana. Pero yo ya me he colado y os lo puedo contar.

Al siguiente día entramos en la Reserva de Mara hasta la frontera con Tanzania y el Serengeti. Una llanura inmensa (recorrimos unos 30 km). Había grupos de animales dispersos. En un lugar encontramos un grupo de cebras y, de repente, un elefante macho solo en una charca. Estamos haciendo fotos y Alejandro da la voz de que hay un viejo león macho tumbado casi debajo del Jeep. Ahí está, un león con una cabellera y cabeza enormes. Parece que tiene un tumor y la mandíbula rota. También tenía varias heridas procedentes de peleas anteriores. Su estómago parecía a punto de explotar. Probablemente se había comido él solito una cebra entera.

Pero, sobre todo, me impresionó la cara de dolor y agotamiento del león. Respiraba a 100/min. ¿Que quería demostrar o conseguir el león viejo y herido comiéndose él solo un animal tan grande? Es muy difícil para un león solo coger una cebra. La única manera, para mí, es que se haya puesto junto al agua y haya esperado días a que





pase el animal a pocos metros hasta que salte al cuello y lo agarre. Pero yo creo que el león está herido en la boca, y en su honor, y quiere demostrar que sigue siendo el rey. Una reacción muy humana también y no de hace 30.000 años, sino de ahora. La vida animal nos sigue enseñando comportamientos humanos.

Definitivamente no se puede dormir en Kenia. Después de vivir tantas emociones no se puede uno relajar tanto como para dormir 8 horas. Como el horario aquí es distinto, a las 8 de la noche hemos acabado de cenar. Después de mandar mensajes a tus seguidores/amigos se me mete más adrenalina en vena al repasar el día. Entonces a las 3 de la mañana se te planta la imagen del león herido y con la mirada perdida en el infinito ho-

“Ayer no vimos tantos animales sino personas de Kenia, maasais, para más señas”.

rizonte del Serengeti. A ese león, después de estas experiencias, le queda poco que hacer. En la próxima riada o sequía se queda tumbado y aparecerán las hienas a dar vueltas alrededor cada vez más cerca hasta que una más descarada le lanza un mordisco al que no puede responder al momento y entonces se tiran todas a por él. Dice Dennis, el maasai, que no le gustan las hienas porque se comen a sus víctimas todavía vivas.

Pero entonces me digo: tranquilo, que entre los sapiens la cosa es más suave. Te encuentras más protegido. Tienes muchas barreras frente a las hienas. La primera barrera es la de los que te quieren, que te van alimentar y seguir tratando como a su rey. La sociedad también nos da temas para que ahora no cacemos ni mantengamos al grupo/ tribu/ harén solo sobre nuestra responsabilidad. El inserto, el bingo, las obras en las calles; los periódicos, el dominó y el guiñote después de comer. Bueno, menos mal que en Kenia he visto claro que ya no estamos en la selva, y puedo vivir mas tranquilo. Pero por las noches nos pasan todas estas imágenes y, al rumiarlas, vuelves a pasarlas por tu vida y te sientes vivo, excitado y con la batería cargada para el nuevo día. Pero antes hay que dar otra cabezada.

Ayer no vimos tantos animales sino personas de Kenia, maasais, para más señas. Tuvimos que recorrer unos 25-30 km en el jeep del campamento por carreteras que en buena parte se han hecho pasando los coches por medio del campo. Hay piedras, hondonadas provocadas por las lluvias. En esos sitios se da un rodeo por medio del campo y se sigue. En otros sitios el estado de Kenia ha levantado un poco la carretera, ha cavado una zanja a cada lado para que el agua corra por los lados. Tardamos unas 2,5 horas en llegar. Nos cruzamos con muchas motos que llevan un hombre y dos niños; un hombre, un niño y una cabra; un hombre, una señora y un niño. Unos con casco y otros sin él. Es gracioso ver al conductor de la moto con un casco amarillo muy ajustado y poco espacio de visera. Ves un casco grande con una cara negrita que no cabe en el casco montado en una moto. Cara de preocupación porque el de la moto tiene que cruzarse con el coche al tiempo que evita las piedras y los hoyos del camino. En el camino pasamos por lo que Dennis llama un “Centro Comercial”. Literalmente.



**Transporte familiar (arriba) y centro comercial (abajo).**

Por fin llegamos al pueblo de Dennis. Primero vamos a un mercado de vacas porque Gustavo quiere hacer una pequeña inversión ganadera en Kenia con Dennis. Mientras ellos examinan las vacas y hablan con posibles

vendedores, Ana contacta con una niña de ojos enormes y cara sonriente. Se llama Miriam y hay otro niño, muy tímido, a los que les regala un cuaderno y lápices de colores. Debajo del mismo árbol que nos da cobijo hay un grupo de gente local. Nos observan con curiosidad. Sobre todos los niños porque, posiblemente, son los primeros niños blancos que ven. Por lo menos de cerca. Los mayores nos ven con confianza y no les preocupa que se acerquen a nosotros. Los hombres están sentados en unos tabloncitos a los que les han puesto un clavo para sujetar lo que pretende ser una pata del banco. De pronto el banco se descuajeringa (los hombres kenianos son delgados pero también pesan). Se van los hombres tranquilamente y vienen las mujeres a arreglar el banco. Miran la puntilla medio doblada para ver cómo la pueden volver a clavar en la pata. Y, al final, dándole con una piedra, la cosa vuelve a estar como al principio. Y es cuando vuelven los hombres y ellas siguen sacando tazas con una leche muy espesa y unos panes

chapatis, y lo reparten a los hombres. Lo operación ganadera termina bien y ahora Gustavo tiene dos vacas en Kenia que Dennis le cuidará hasta que se vendan dentro de unos meses más grandes y gordas. Con lo ganado podrán comprar 4 y luego 16 y después 100. Y después Gustavo, que se habrá convertido en un ricachón, se presentará a gobernador de los maasais. Después de comprar las dos vacas, nos fuimos a ver una escuela que lleva una fundación española de mujeres con la que había contactado Ana. Tras hablar con el responsable de la escuela, fuimos, clase por clase, hablando con las profesoras y viendo a los niños que iban desde dos o tres años hasta los 10. Las profesoras contaron lo que hacían y luego repartieron cepillos de dientes y pasta, cuadernos, lápices y bolígrafos, gomas. En las fotos se puede observar las caras de los niños y los vestidos, todos ellos muy limpios, aunque se nota que no los pueden reponer fácilmente y algunos tienen unos agujeros bastante amplios. Pero, afortunadamente no hace frío.



▲  
Escuela maasai y sus principios.

Pero quizá el momento más emotivo de esta visita lo pusieron las chicas más pequeñas Mara y Daniela, a las que les apasiona bailar y las coreografías y que, una vez que habíamos terminado la visita, se les ocurrió utilizar los teléfonos móviles para poner música latina, conectándolo a un altavoz portátil y sacar a los chicos y chicas a bailar. Todos sabían lo que era eso y se las manejan bien intentando llevar el ritmo. Algunos, especialmente chicos, eran tímidos y se les veía con ganas, pero no se atrevían a salir. A uno lo sacó Daniela y bailó un rato, pero se volvió a sentar. Al rato se le seguía viendo la carita de ganas de salir. Lo sacó de nuevo y ahora se explayó. Estaban felices. Gustavo propuso hacer un concurso y darle un premio de balón de fútbol al mejor chico y una caja grande de colores a la chica que baila mejor. Recordarán ese día mucho tiempo.

Por la tarde completamos el recorrido propuesto que consistía en visitar un poblado maasai y, concretamente, en el que vive Dennis con su familia, compuesta por su mujer y tres hijos, su madre, hermana y hermano y otros familiares.

La casa consiste en una construcción relativamente reciente, comparada con el resto. Es una habitación pequeña con la puerta, solo una ventana pequeñísima de 25x25 cm y dos habitaciones a los lados, como

dormitorios. Nos ofrecen una taza de té con leche que tomamos con la familia. Luego repartimos regalos de material escolar y ropa, que habíamos traído de España, entre el gran número de personas de todas las edades que se han congregado fuera de la casa. Gran excitación, ojos como platos en los niños cuando ven los regalos. Caras bonitas de las mujeres jóvenes con sus niños colgados en su cadera.

Luego nos confesaría Dennis que su familia se había sentido como si estuvieran tocando el cielo. Una experiencia para vivirla.



Mercado de las vacas.

Fotografías cedidas por el autor.



**PROGRAMA DE AYUDA DENTAL  
"UNA SONRISA EN KENIA"**

Pero tenemos que hablar de la misión humanitaria que hemos venido a hacer en Kenia. Desde el primer día, en cuanto llegó el equipaje con el material, Ana, Gustavo y Alejandro se pusieron a organizar lo que sería la Clínica dental de Kichwa Tempo. Un barracón en la parte de atrás del campamento donde, en unos 10 m<sup>2</sup>, está amontonado el poco material disponible. Hacen lo que pueden y colocan el material. Casi no tienen tiempo de probarlo, pero parece que funciona.

A las 7:30 de la mañana del día siguiente Ana, Gustavo y Alejandro se dirigen a la clínica para tratar a los trabajadores del campamento que tengan problemas dentales. Ya están esperando los primeros pacientes. Es necesario ajustarse a las dificultades del poco espacio y al equipo improvisado de que disponen, pero las condiciones de trabajo son las que son. Yo visité la clínica en esta primera fase para ver cómo se estaba desarrollando todo, y tengo que decir que me quedé bastante deprimido pensando: ¿Cómo pretenden llevar a cabo una labor de higiene dental en estas condiciones? ¿Cómo es posible que no reconozcan, con toda

la frustración posible, que se han equivocado, que era una locura, que no pueden hacer la labor que pretendían llevar a cabo en estas precarias condiciones? Pero no. Gustavo va sorteando los obstáculos con una tranquilidad increíble. Nadie se pone nervioso ni comienza a dar voces. Los pacientes abren la boca, nadie se queja y salen con cara feliz. Es extraordinario ver cómo se miran en el espejo sorprendidos cuando Gustavo, de la nada, se fabrica un diente y reconstruye lo imposible. Yo creo que el impulso que los mueve, la única razón por la que son capaces de seguir adelante, es que son jóvenes y soñadores. Que han puesto mucha ilusión en el proyecto y no se van a rendir. Alejandro está aprendiendo de sus padres y nos sorprende nuevamente a todos con su buena disposición. Este chico está hecho de buena pasta. Han formado un equipo. Gustavo, Alejandro y Ana con los pacientes. Mara enseña español, Daniela reparte los cepillos y pastas dentales y hasta el abuelo no ha querido perderse nada y observa orgulloso desde su silla pensando cómo es posible que tenga la tremenda fortuna de vivir esta extraordinaria experiencia: vivir el ejemplo que le están enseñando estos padres a sus hijos y cómo les puede influir en sus vidas. Si hoy día nos quejamos de que los jóvenes lo tienen todo fácil y han perdido el significado de esfuerzo, estos chicos lo están viviendo y comprueban, en las sonrisas de estas personas sencillas, el resultado de ese esfuerzo.



**“Gran excitación, ojos como platos en los niños cuando ven los regalos”.**



**La escuela (arriba)  
y bellezas Maasais  
(abajo).**

Cada día empiezan a las 7:30 de la mañana y van resolviendo los problemas que van apareciendo. Los primeros días no ocurre nada digno de mencionarse. Pero, al tercero surge una complicación que nos avisa de los problemas que nos amenazan. Es Simon, una persona importante de aquí, ya que es el coordinador de Africa Foundation con quien hemos colaborado en este proyecto y del que más adelante os contaré algo más. El problema es una muela del juicio que le provoca mucho dolor. Se comienza la extracción y empiezan las complicaciones. Lo que en una clínica tendría una solución larga y penosa, en Kenia, con unos equipos muy inferiores a los habituales en las clínicas dentales, con instrumental reducido, con más de diez personas esperando en la puerta, la cirugía de una muela del juicio complicada puede hacer perder los nervios. Pero el "Daktari" (doctor en swahili) Gustavo vuelve a sorprendernos con su increíble habilidad para darle solución a todo lo que se lo ponga por delante. Simon se va exhausto pero con su problema solucionado. Aunque ha sido una victoria, nos deja el ánimo tocado ya que, por primera vez, somos conscientes de que una complicación mal resuelta puede tener consecuencias serias.

Fotografías cedidas por el autor.

Pero esta no es la única complicación. Cuando llevan cinco horas de trabajo, en una mañana llena de dificultades, el motor de la aspiración se invierte y en vez de succionar comienza a expulsar el agua. ¿Qué se puede hacer? Hay que seguir, no podemos quedarnos parados. Mientras buscan al "ingeniero", así lo llaman pero nadie sabe quién es, se seleccionan los casos que no necesitan mucha aspiración y se sigue. Como escupidera, un vaso de plástico. Se atienden varios pacientes más en esas condiciones. Es tiempo de trabajar en otro sentido, el humano. Es tiempo de compartir con la gente, conversar, reír, aprender.

Dejaré que sea Ana la que os cuente cómo transcurrió el último día en la clínica. Transmite la experiencia en directo en su página de facebook.

Comenzamos temprano. Es nuestro último día para poder atender a la gente aquí y nos avisan de que la comunidad Maasai se está desplazando para vernos porque les han informado de nuestra labor. La mañana transcurre a buen ritmo. La odontología que estamos realizando aquí

consiste principalmente en intentar salvar dientes con caries, extracciones y problemas del esmalte con manchas de color marrón en prácticamente la totalidad del diente. Aunque ellos por naturaleza tienen buena dentadura, la escasez de medios hace que veamos casos realmente complicados en los que ya llegamos demasiado tarde para salvar lo que debió de ser una preciosa sonrisa. Debemos tener extremo cuidado con agujas y contacto con sangre para evitar infecciones.

Los habitantes de los pueblos de alrededor llegan caminando y van tomando asiento en nuestra sala de espera mientras suena Pablo Alborán en el altavoz. La escena me resulta curiosa y se me ocurre que, al volver, podría mandar el vídeo de esta sala de espera estilo maasai a Pablo para que vea hasta dónde llega su música. Quién sabe... Y si le parece curiosa la escena, se interesa por el proyecto, le gusta, nos ayuda y le da difusión, mucha gente nos ayuda... "pásame un algodón". Me había ido un momento al país de los sueños, donde se fabrican historias como la nuestra que comienzan con un ¿Y si...? En Colombia dirían ¿Qué tal que...?



La sala de espera.

Fotografías cedidas por el autor.

#### ▲ Sonrisas después del tratamiento.

sonal del campamento que me saludan sonrientes. No consigo recordar a cuáles hemos atendido, han sido tantas caras... Pero cuando paso por un grupo de hombres y saludo, uno de ellos dice ¡Jambo! (hola en suajili) de una manera tan efusiva que me giro a saludarle y él, extra sonriente, se señala su dentadura con los dedos como diciendo "¡eh, soy yo! ¡El de las palas partidas que ahora tengo completas!" Bueno, eso no lo dice pero su gesto sí. Y la felicidad del hombre dice todo lo demás. ¡Jambo! Contesto yo y me da una risa interna, externa, intramuscular e intravenosa.

La maratón transcurre con normalidad: se va la luz varias veces, la aspiración se atasca, el motor se recalienta... una jornada tranquila. Y es tranquila porque nuestra sensación es de estar haciéndolo bien y estar haciendo un bien. Y me refiero a haciéndolo bien a que a cada persona se le soluciona el o los principales problemas dentales de una manera efectiva sin detenernos en "pequeñas cositas" porque el tiempo es muy escaso. En un receso, mientras esperamos a que vuelva la luz, voy al baño. En el camino me voy cruzando con mucho per-

Llega al último tercio de la carrera y varias mujeres maasai han llegado por fin, tras el largo camino, con sus hijos para vernos. La clínica se llena de colorido por las ropas de las mujeres. Los niños tienen el miedo en la mirada y polvo en la ropa. Somos blancos, con trajes maasais blancos, cosas verdes tapándose las bocas y con instrumentos raros alrededor de una cama más rara. Lo entiendo. Yo estaría temblando. Pero ellos están hechos de otro material. Tengo que decir que ningún niño ha llorado en nuestro sillón, ninguno. A la mayoría hemos tenido que hacerles extracciones y aunque les temblaba el cuerpo no hemos oído ni una sola queja de dolor, incomodidad,

*molestia... nada. Sus ojos miran diferente, como de una manera más limpia aunque están amarillos. El doctor dice que es por el polvo. Una niña de unos 8 años que ha venido sin sus papás, lleva un vestido que hace tiempo debió ser elegante, como un traje de domingo, pero ahora es un vestido de lunes, martes, miércoles, jueves... Tumbada en la camilla, con la cara más linda y más triste que he visto en este viaje, me busca todo el tiempo con la mirada durante la extracción de su diente, como sintiendo ese consuelo que nuestros hijos encuentran en las mamás y solamente en las mamás. Yo le doy la mano, le acaricio, le hablo y ella me sigue mirando con esos ojitos tristes. Por esto tenemos que volver. No hay más.*

*Llevamos nueve horas atendiendo y Gustavo está exhausto. No hemos comido desde el desayuno y no podemos más. Yegon nos ha ido trayendo bebidas pero no podemos parar a comer. El último sprint y ya vemos la meta. Hasta Dennis nos ayuda a limpiar el material para esterilizar. Terminamos con una mujer maasai y todo el equipo nos abrazamos. We did it!*

*Han pasado muchas más cosas bonitas hoy pero quiero dejarlo aquí porque siento que era día de resaltar el trabajo dental realizado. Mañana tendré que contaros cómo Yegon y Dennis nos han llevado en jeep, en plena noche por la sabana. Cómo llevándonos hacia unos árboles nos han pedido silencio porque en esa zona vive una pitón y quieren que la veamos. Lo único que alcanzamos a ver es lo que iluminan los faros del jeep. También tendré que contaros cómo, aguantando la respiración, nos adentramos con el coche entre los arbustos casi arañándonos los brazos cuando sentimos que no estamos solos. Pero eso tendrá que ser mañana porque hoy hablábamos de otra cosa.*

Para el último día de nuestra estancia en el campamento, Simon nos ha preparado una visita al que será el futuro centro médico de Emurototo, en una colina a unos pocos kilómetros del campamento de Kichwa Tempo. Allí nos encontramos los inicios de unas muy modestas construcciones que, nos dice Simon, el Gobierno de Kenia puso en marcha unos meses antes. El presupuesto era escaso limitándose a la preparación de un pequeño solar, de unos 50 m<sup>2</sup>, alrededor del cual habían colocado unas piedras, talladas a modo de sillares que serían los futuros muros de la construcción. Pero el dinero se acabó pronto y se paró la construcción hasta nuevo aviso. Mientras tanto, la Africa Foundation, de la que Simon es su representante regional, junto con la empresa &Beyond y el Gobierno de Kenia, apostaron por continuar la construcción de la clínica. En este caso el solar era bastante mayor (unos 300 m<sup>2</sup>) y ya se podía

ver el espacio que estaba destinado a la clínica dental. Nos aseguró Simon que, en tres meses, la construcción se habría acabado y ya se podrían montar los equipos para utilizarla. Creo que poder realizar esta visita fue una magnífica oportunidad porque, de esta manera, la Fundación tendría ocasión de conocer en persona a los promotores del proyecto "Una sonrisa en Kenia" y oírles de ellos su disposición a llevar adelante esa iniciativa de dotar esas clínicas de equipos, para la atención sanitaria dental de la población nativa de ese territorio. Por otra parte, Ana y Gustavo han visto cómo está la situación: van a disponer, en unos pocos meses, de un espacio destinado a clínica dental quedando a la espera de que ellos proporcionaran el equipo y material para su puesta en marcha. Incluso Ana y Gustavo se comprometieron, también, a dotar la clínica de una ambulancia que pudiera acercar a los pacientes que se encontraran

**“Para el último día de nuestra estancia en el campamento, Simon nos ha preparado una visita al que será el futuro centro médico de Saimoto”.**



►  
**Simon y los cimientos de la futura clínica.**



“Llenamos las maletas con muchas menos cosas de las que trajimos, pero nos llevamos muchas más en nuestros corazones y nuestras mentes”.

lejos de esas instalaciones. Tuvieron, también, ocasión de conocer el compromiso que el gobierno ha asumido de contratar a un profesional dentista para tener esa clínica abierta todo el año y, de esa manera a la población maasai luciendo, de manera permanente, una brillante sonrisa.

Al día siguiente llenamos las maletas con muchas menos cosas de las que trajimos, pero nos llevamos muchas más en nuestros corazones y nuestras mentes. La Naturaleza nos ha dado en estos pocos días una lección de supervivencia, al mismo tiempo que nos ha presentado delante mismo de nuestros ojos la alegría de estos niños de ojos enormes, y llenos de moscas, que les brillan cuando ven que alguien les ofrece un regalo que parece venir de otro mundo. Les hace la misma ilusión recibir un cuaderno que a nuestros hijos o nietos, los muchos regalos estupendos que les llega en sus cumpleaños. Se puede uno hacer la pregunta: ¿Se puede ser feliz en estas condiciones? Al fin y al cabo la felicidad, que tanto nos preocupa a los que vivimos en una sociedad acomodada, y tan poco a estas personas, con necesidades perentorias cada día, es una sensación placentera y pasajera

que se siente cuando uno cree que va a conseguir algo que desea. Ese deseo puede ser el de un maasai, que ha comprado una buena vaca en el mercado del pueblo creyendo que va a ganar un buen dinero cuando la venda y, además, tendrá leche durante ese tiempo. Pero también puede ser el deseo de un profesional con éxito en nuestra ciudad, que se compra un magnífico Lexus automático con todos los extras. O un vecino del maasai que, por fin, ha podido construirse una casa de adobe con techo de chapa, comparado con nuestro amigo del colegio, al que le va muy bien su negocio y se ha mandado construir un chalet con 500 m<sup>2</sup> de jardín y una piscina. Estoy seguro que esas dos personas son igualmente felices y que, además, esa sensación les durará a ambos un tiempo parecido. Lo que sí es importante es que las circunstancias en las que viven los dos sean adecuadas para que ambas puedan pensar, crean que, esforzándose, lo podrán conseguir. Nosotros debemos trabajar para ayudarles a que se den esas circunstancias. Por eso, cuando contamos esta historia a nuestros familiares o amigos, se entusiasman porque ven que ayudar a personas necesitadas es posible. Que si hacen una aportación va a llegar a esa gente de su parte y habrán realizado una buena acción.

Como nota final podría incluir el mensaje que Carolina Herrera le mandó a Ana en respuesta al que le envió ella, contándole lo que había ocurrido después de que se otorgara el premio del perfume África:

*Querida Ana!*

*Vuestra historia me llena de emoción, ilusión y esperanza, a parte de sentir que, si hay la posibilidad de que pase algo así con la venta de un perfume, ya con esa sola venta 20 años de trabajo valen la pena. Qué bonita historia y qué maravilla de familia.*

*Yo te entiendo. África es un lugar que se te mete adentro del cuerpo. Me pasó a mi la primera vez que fui, en 1997. Voy a compartir vuestra historia, meterme en la web de 'Una Sonrisa en Kenia' y cuando vuelva a Kenia te avisaré para ir a visitar el hospital con mis niños.*

*Enhorabuena por tener un corazón tan generoso y lograr un proyecto tan bonito.*

*Un abrazo, Carolina*

Y por último, a la vuelta del viaje, escribo estas líneas para compartir con los lectores esta magnífica aventura, y decirles que nuestro paso por la vida debe dejar un reguero que pueda servir de guía y estímulo a los que vienen detrás. Entonces creo que nos quedará la satisfacción de haber podido vivir acordes a nuestras creencias (para más información acerca del proyecto, visitar [www.unasonrisaenkenia.es](http://www.unasonrisaenkenia.es)).

Carlos Gómez-Moreno  
Dpto. de Bioquímica y Biología Molecular y Celular  
Facultad de Ciencias  
Universidad de Zaragoza